

HAY que permitir la autonomía política de una Europa que no sea "ni antisoviética ni antiamericana".

"Marchais y Moscú nos han decepcionado", dice tranquilo y sonriente, con su elegante pelo de camello "beige", Santiago Carrillo, secretario general del Partido Comunista de España, que nunca se ha mordido la lengua ni disimulado sus impresiones.

Su reciente visita a Roma, el 26 de enero, fue todo lo contrario al encuentro, veinte días antes, entre Enrico Berlinguer, secretario general del PCI, y George Marchais, secretario general del PCF. Esta vez, Carrillo no estaba "secuestrado" en una montaña a 20 kilómetros de Roma: las discusiones tuvieron lugar en la via delle Botteghe Oscure, sede del partido italiano. Duraron dos horas, y revelaron un juicio, en principio, idéntico sobre el carácter suicida de la postura del PCF y, en segundo lugar, sobre la necesidad de dar a Europa un papel de primer orden entre los dos grandes. "El análisis de los dos campos, el campo imperialista y el campo socialista, entre los cuales habría que elegir, es un análisis de guerra fría", dijeron.

Un cierto ímpetu

El mismo día, casi a la misma hora, el PC italiano hacía público otro documento, probablemente más importante todavía que el comunicado conjunto PCI-PCF: la intervención de Berlinguer, la víspera, ante los 116 secretarios federales, convocados en Botteghe Oscure para un examen de la situación internacional. Berlinguer acusa a la URSS de haber explotado el "complejo del Vietnam" que podrían padecer los Estados Unidos para efectuar intervenciones directas o indirectas en África o en Asia. Severo con las razones de intervención afgana, se dedica a continuación a desanimar —para siempre, espera él— a los elementos obsecadamente prosoviéticos que siguen pesando en su partido. "Algunos —afirma Berlinguer— dicen que la URSS tendría sus razones. Pero aquí hay que ser claro. Razones siempre ha mostrado: pero, ¿eran siempre justas? Pero, como no hay solamente prosoviéticos en el seno del PCI, Berlinguer se ha visto obligado a "regañar" igualmente a los que (y son numerosos) han comulgado con las razones de la condena afgana y que proclaman que hay "dos imperialismos en el mundo", poniendo en la misma balanza a Estados Unidos y a la URSS. No, ha dicho Berlinguer;



Carrillo, con Berlinguer, en su última visita a Roma.

LOS CINCO PUNTOS DE BERLINGUER

MARCELLE PADOVANI

hasta nueva orden, las faltas y los crímenes que pesan sobre uno y no son homologables con los del otro. Después, lanza con cierto ímpetu la idea en la que más fe tiene: la izquierda europea, las fuerzas democráticas y religiosas deben ocupar todo el espacio y todos los intersticios políticos dejados vacantes por las dos grandes potencias, desacreditando la idea, según la cual los problemas pueden ser resueltos con el uso de la fuerza. Y rechazando la lógica del "cada uno tiene que elegir ahora su campo, el imperialista o el socialista".

"No —explica el dirigente Pietro Ingrao—, el mundo no está dividido en dos polos, es, incluso, multipolar. Por lo tanto, tenemos que aprovechar la oportunidad que nos ofrece esta crisis para consolidar el papel autónomo de Europa y de los partidos comunistas occidentales. No somos nosotros los que nos alejamos de la URSS, se dice en Botteghe Oscure, sino ella la que se aleja de nosotros".

Berlinguer ha formulado incluso en cinco puntos las proposiciones concretas que ofrece para "una iniciativa de paz en Europa", conseguir que los Estados Unidos y la URSS vuelvan a la "vía de la detente", obtener que los americanos ratifiquen las SALT II, que se negocien los misiles de medio alcance, que se reanuden en Viena las discusiones sobre armamento convencional y que se celebre, por fin, una conferencia paneuropea sobre el desarme. Además, Berlinguer in-

vierte a los países europeos a adoptar una actitud común para asegurar el éxito de la Conferencia para el Desarrollo y la Cooperación en Europa, que debe celebrarse este año en Madrid. Y no olvida al Tercer Mundo: deben lanzarse iniciativas, dice, para "afrentar y sobrepasar las causas económicas de las tensiones internacionales actuales, instaurando un nuevo tipo de relaciones con dichos países".

En Italia se han preguntado sobre la posible significación de "política interior" en estas propuestas: acaso quiera Berlinguer facilitar su entrada en el Gobierno, se comenta insistentemente en vísperas del Congreso de la Democracia Cristiana, donde deben tomarse decisiones al respecto, mostrando así que tiene las cartas en regla para el juego democrático. Forattini, caricaturista del diario "La Repubblica", nos ofrece la siguiente imagen: Berlinguer, desnudo, despojado por fin del oso soviético —que aparece reducido incluso a una alfombra— se ofrece a la mirada deslumbrada de Benigno Zaccagnini, secretario general de la Democracia Cristiana. Si esa fuera la meta del PCI, ¿cómo explicar que la línea vencedora en el curso de la última reunión del Comité Central, línea trazada por el propio Berlinguer, haya puesto tales condiciones a la participación comunista (un número de ministros proporcional a la fuerza electoral del partido; un programa draconiano), que parece imposible que los demócratas

cristianos puedan aceptarlo? ¿Qué pretende Berlinguer?

Un nuevo eurocomunismo

A través del acercamiento a los socialistas y socialdemócratas a nivel europeo (de ahí los frecuentes contactos con el SPD de Helmut Schmidt y el partido socialista de François Mitterrand) y un aislamiento de los "ultras de todos los signos", como dice Pajetta, permitir la autonomía política de una Europa que no sería "ni antisoviética ni antiamericana". No "neutra" o "equidistante" con relación a los dos grandes, sino al contrario, comprometida seriamente en el relanzamiento de la detente y en el acercamiento de los mismos grandes. Eso significa que aun condenando a la URSS por su locura afgana, Europa, según Berlinguer, tendría que condenar las medidas de represalia americanas y que permaneciendo dentro de la Alianza Atlántica no se convirtieran en un apéndice de los Estados Unidos. "Hay dos formas de permanecer dentro de la Alianza —explica alguien cercano a Berlinguer—: la forma oportunista, que consiste en convertir a Europa en el perro guardián de los americanos, eliminando paralelamente toda posibilidad de influencia sobre la URSS y los países del Pacto de Varsovia, y otra manera más sutil, que consistiría en hacer representar a la Alianza Atlántica un papel favorable a la detente, al diálogo y a la paz". Después diría: "Berlinguer no quiere ser en Europa ni el 'partido americano' ni 'Georges Marchais'. Incluso hará todo lo posible para evitar que Marchais acentúe su 'ghettización', enviando desde el 31 de enero a París a un miembro del Comité Central cercano a Maxime Gremetz".

Y este es el punto donde hay que volver al comunicado conjunto PCI-PCF. Entre líneas aparece una nueva definición del eurocomunismo. A pesar del "franco centrismo" de Georges Marchais, nuestro eurocomunismo sigue ahí, parecen decir Berlinguer y Carrillo. Está basado en el "entendimiento entre las fuerzas obreras y democráticas de Europa occidental, comunistas, socialistas, socialdemócratas y de inspiración cristiana". Hemos comprendido: este eurocomunismo, extendido a la izquierda y a los demócratas europeos, ha sido asimilado, se ha dilatado hasta el punto de confundirse... con Europa. ■ © "Le Nouvel Observateur" y TRIUNFO, 1980.